

con otros, á fin de asociarse dignamente con el cuerpo y sangre del Señor, que no admite disension alguna. En las Misas de difuntos no se da la paz, porque en ellas no se ofrece el sacrificio por la paz presente, sino para descanso de los muertos, por cuya razon se omite la primera de dichas tres oraciones, como prescribe la rúbrica. «Præparatur populus per pacem.... est «enim hoc Sacramentum unitatis et pacis. «In Missis tamen defunctorum, in quibus «sacrificium non offertur pro pace præsen- «ti, sed pro requie mortuorum pax inter- «mittitur.» (Div. Thom. 3 p. q. 83, art. 4).

Dábase antiguamente la paz con un beso; mas para evitar la malicia de algunos hombres, se verifica ahora con un abrazo. Antes de dar el sacerdote la paz, besa primero el altar, manifestando no puede darla sin que la reciba antes de Cristo, cuya figura es el altar, como dijimos en su lugar.

CAPÍTULO XXIV.

DE LA COMUNION DEL SACERDOTE.

Es preciso advertir antes que la consuncion de la hostia es una cosa inseparable de este sacrificio. Dijimos en otra parte que la consagracion es una especie de nueva creacion del cuerpo de Jesucristo por el

Espíritu Santo: este sagrado cuerpo recibe en ella un nuevo ser, y por esto un santo obispo del siglo IV, célebre por su doctrina, llama á la Eucaristía: «la renovacion «del cuerpo.» *Innovatio corporis*. (Pacian. epp. 1 ad Symp. tom. 3). Mas este cuerpo nuevamente producido solo lo es para ser consumido, y para tomar por este medio este nuevo ser que él ha recibido: lo que es un acto de víctima que se consume ella misma en un cierto sentido, aunque en verdad queda siempre eterna y siempre viva.

Sobre todo la consuncion de la sangre de Nuestro Señor representa al espíritu una idea de sacrificio; porque se ofrecian los licores derramándolos, cuya efusion era el sacrificio. Así la sangre de Jesucristo derramada en nosotros y sobre nosotros, bebiéndola, es una efusion sagrada, y como la consuncion del sacrificio de este inmortal licor.

Dicha, pues, la tercera oracion, que empieza *Perceptio*, hace el sacerdote genuflexion, se levanta, y en voz baja dice: *Panem caelestem accipiam, et nomen Domini invocabo*; con los dos dedos pólce e índice de la mano izquierda toma las partes de la hostia, teniendo la patena entre el dedo índice y medio; y dándose tres golpes en el pecho dice otras tantas veces en

voz clara: *Domine non sum dignus*, añadiendo á cada una de ellas en voz baja, *ut intres sub tectum meum; sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea*. Las palabras aquellas: *Panem caelestem accipiam, et nomen Domini invocabo*, son del salmo cxv. Y las otras, *Domine non sum dignus...* son las palabras del Centurion, quien, segun san Mateo, viii, suplicó á Cristo Jesús fuese á su casa para restituir la salud á su hijo, en cuyas palabras hay solo una pequeña variacion. Dijo el Centurion: *Sed tantum dic verbo, et sanabitur puer meus*. Mas el sacerdote dice *anima mea*, en lugar de *puer meus*. Por esto el Crisóstomo en la homilía de santo Tomás apóstol, exhortando á los fieles para que reciban la Eucaristía con espíritu puro, «Digamos, dice al «Redentor: Señor, no soy digno que entres «bajo el techo de nuestros ánimos; porque «tu tienes fuerza con nosotros, y nos acercamos á tí con el auxilio de tu indulgencia.»

Despues de haber dicho las tres veces *Domine non sum dignus...* con el pólce é índice de la derecha toma las dos partes de la hostia de la mano izquierda, y haciendo con la misma hostia el signo de cruz, dice: *Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam meam in vitam eternam. Amen;* é inclinándose con toda reverencia

sume ambas partes de la hostia, dejando en seguida sobre el corporal la patena que hasta ahora tenia con la mano izquierda, y levantándose con las manos unidas ante la cara, está quieto un momento. Desplegadas luego las manos, dice en secreto: *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?* cuyas palabras son del salmo cxv, descubre el cáliz, hecha la genuflexion, toma la patena, inspecciona el corporal, recoge los fragmentos con ella, si los hay, con el pólce é índice de la mano derecha la limpia sobre del cáliz, como tambien los mismos dedos, á fin de que no quede ningun fragmento, toma el cáliz con la derecha, teniendo la patena con la izquierda, y dice: *Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo; laudans invocabo Dominum, et ab inimicis meis salvus ero;* cuyas últimas palabras son del salmo xvii, y haciendo el signo de cruz con el cáliz, dice: *Sanguis Domini nostri Jesu Christi custodiat animam meam in vitam eternam. Amen.* Y acompañando con la izquierda la patena á proporcion que eleva el cáliz, para poder beber, sume con toda reverencia la Sangre con la partícula en él puesta. Dice despues en secreto la oracion *Quod ore...* y alarga sobre el altar el cáliz al ministro al lado de la Epístola, en el que, poniendo vino, se purifica; despues con

vino y agua lava los pólices é índices sobre del cáliz, los que enjuga con el purificador, diciendo interinamente: *Corpus tuum Domine, quod sumpsi...* sumiéndolo en seguida de haber concluido dicha oracion.

Todo esto junto es lo que consume nuestro sacrificio, muy real por la presencia de la victima actualmente revestida en signos de muerte, pero mística y espiritual; donde la cuchilla es la palabra, donde la muerte no se manifiesta sino en misterio, donde el fuego que consume es este espíritu que cambia, que purifica, pero que eleva y que perfecciona todo lo que él toca, haciendo de ello alguna cosa mejor.

La pública suncion de la Eucaristía que toma el sacerdote nos representa la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, que públicamente fue crucificado y muerto, en presencia de cuantos asistieron á tan cruel martirio.

Se purifica el cáliz con solo vino, despues de sumido el Sanguis, porque es mas ablutivo por razon de su humedad, y lavarse mejor la boca, á fin de que no quede partícula alguna; lo que pertenece á la reverencia del Sacramento. (Div. Thom. 3 p. q. 83, art. 5). Por igual causa se lava despues los dedos con vino primero, y luego con agua, sumiendo en seguida quanto hay en el cáliz.

CAPÍTULO XXV.

DE LA COMUNION HASTA Á CONCLUIR LA MISA.

Despues de haber sumido el sacerdote el Sacramento, y administrado á los circunstantes, si los hay, la sagrada Comunión, tomadas las abluciones, en caso de no tener que decir segunda Misa, y arreglado el cáliz, desde el medio del altar pasa al lado de la Epístola, donde el Misal fue trasladado por el ministro: lee la antifona que decimos *Communio*, vuelve al medio del altar, y despues de besado, vuelto de cara al pueblo, dice *Dominus vobiscum*; volviendo al libro lee la oracion llamada *Post communio*, con las demás si las hay; cierra finalmente el libro: colocado otra vez en medio del altar, al que besa, y estando de cara al pueblo, dice: *Dominus vobiscum*, como tambien *Ite missa est*, ó vuelto al altar, *Benedicamus Domino*, segun manda la rúbrica; á lo que responde el ministro: *Deo gratias*; mas en las Misas de difuntos dice: *Requiescant in pace*, y responde el ministro, *Amen*. Finalmente, inclinado en medio del altar, dice la oracion *Placeat...* y volviéndose al pueblo lo bendice, lo que omite en las Misas de difuntos; y trasladándose

al lado del Evangelio recita el Evangelio de san Juan, ú otro que prescriba la rúbrica.

Se llama *Communio* la antifona que lee el sacerdote, porque antiguamente se cantaba mientras se distribuía al pueblo la Eucaristía. Esta parte de la Misa antes se llamaba acción de gracias: *Cantus, quem Communionem dicimus, quem post cibum salutarem canimus, Gratiarum actio est.* (Rupert. de divin. Offic. lib. 2, c. 18). Lo mismo decimos de las inmediatas que siguen llamadas *Post communio*, que se recitan despues de la Comunión, para dar gracias á Dios por habernos hecho participantes de tantos misterios, y pedirle la gracia conservemos su fruto, con todo lo que pueda operar para nuestra santificación. Prescribe la rúbrica del Misal se digan en esta parte de la Misa cuantas oraciones se dijeron al principio de ella. En las Misas feriales en tiempo de Cuaresma, despues de decir el sacerdote *Humiliate capita vestra Deo*, añade otra oración llamada *Super populum*, para que el pueblo se fortalezca con el auxilio divino para vencer los lazos del diablo, que son mas temibles en tiempo de penitencia. (Amalarius, lib. 3 de divin. Off. c. 37).

Concluida la Misa despacha el diácono al pueblo diciendo: *Ite missa est*, que equivale á: ya os es lícito marchar, pues se ha

concluido la Misa. Siempre que en la Misa se dice el *Gloria in excelsis*, se dice en ella *Ite missa est*, y cuando se omite dicho himno, se dice en su lugar *Benedicamus Domino*, invitando al pueblo á dar gracias á Dios despues de concluido el sacrificio. En las Misas de difuntos se dice *Requiescant in pace*, ya porque toda ella consiste en pedir á Dios para alcanzarles su eterno descanso, ya tambien porque antiguamente no se despedía al pueblo al fin de ella, por cuanto se quedaban los fieles sobre las sepulturas para orar por los difuntos.

En esta parte de la Misa se hacen dos salutaciones al pueblo en las palabras *Dominus vobiscum*. La primera significa la bendición que dió Cristo á sus Apóstoles al subirse á los cielos; la segunda significa la vida eterna, en la que entró Cristo despues de haber dejado á sus Apóstoles (Biel, p. 918), y luego en la de 925 añade: «Que cuando el sacerdote al decir *Dominus vobiscum* está de cara al pueblo, es porque habla con él; y al decir *Benedicamus Domino*, ó *Requiescant in pace*, está vuelto al altar, porque exhorta al pueblo, á fin de que junto con él bendiga al Señor «ú ore por las almas de los difuntos.»

La oración *Placeat...* se encuentra en muchos Sacramentarios escritos despues del siglo IX. La dice el sacerdote en se-

creto, por ser oracion peculiar para él; la recita inclinado, como es justo, al altar, por dirigirla á la Trinidad santísima.

Clemente VIII estableció que los presbíteros en las misas solemnes dieran la bendicion al pueblo con el signo de la cruz. (Meratum, tom. 1, p. 243). San Bernardo, que vivió hasta cerca la mitad del siglo XII, afirma constantemente no tenian los abades facultad de dar tal bendicion, á pesar del privilegio para usar de ornamentos pontificales. Inocencio III, hablando de esta bendicion al fin de la Misa, dice: Debe darla siempre el Obispo, sin hablar jamás de presbíteros. Mas ahora la dan ya todos los presbíteros con aprobacion de la Sede apostólica. Sin embargo, celebrando delante del Obispo vuelto de cara al pueblo, é inclinada un poco la cabeza, como quien pide permiso, no debe verificarlo sin que antes la reciba el sacerdote del Prelado.

Despues de la bendicion, y en las misas de difuntos luego de la oracion *Placeat...* se va el sacerdote al lado del Evangelio, dice *Dominus vobiscum*, hace el signo de cruz sobre el principio del Evangelio, como tambien en su frente, boca y pecho: lee el Evangelio de san Juan; pero si la fiesta de la que se celebra el oficio cae en domingo, dirá en su lugar el Evangelio de aquella Dominica. Leyendo el Evangelio de

san Juan, á las palabras, *Et Verbum caro factum est*, hace genuflexion, adora al Verbo divino, por presentarse para tomar carne humana. Responde el ministro *Deo gratias*, á fin de que concluya la Misa en accion de gracias.

El último Evangelio significa la predicacion de los Apóstoles por todo el universo. Por mandato de Pio V leen los sacerdotes al fin de la Misa el Evangelio de san Juan, porque es como un compendio de los principales misterios de nuestra fe, de la santísima Trinidad, de la creacion del mundo y encarnacion de Cristo, que confiesa el sacerdote tanto en su nombre, como en el de toda la Iglesia. (Guillelmus Burius, in *Notitia* Brev. Romanor. Pontif. de Vita S. Pii V). Son finalmente ciertas oraciones las que dice el sacerdote despues de concluida la Misa en accion de gracias, siendo una de las mas antiguas el himno *Benedicite*, segun el cardenal Bona, Rer. liturg. lib. 2, c. 20, n. 6.

CAPÍTULO XXVI.

MODO PRÁCTICO PARA OIR EL SACRIFICIO DE LA MISA.

Siendo el sacrosanto sacrificio de la Misa el principal acto de religion que se rinde á